

de la caída. Entonces ese momento no es para mí siguiente al momento en que he tomado la decisión con usted, pero yo no sé si me he suicidado o no. Claro que seguramente que no, porque ahora estoy aquí (13).

A diferencia de Sábato que cree en lo excepcional de la existencia, Borges con estilo demonologizador, intenta convertir en normal lo increíble; y esto, no es que ocurre porque no sabe que esta manera no tradicional de considerar la vida supone un acuerdo previo (una especie de neopicureísmo) entre los exegetas o los adeptos. Para Sábato, la ironía, si es que se la debe considerar necesaria, no tiene más fin que el de aliviar la tensión del drama; para Borges, la paradoja lo es todo, actúa como defensa ante lo cotidiano. Para Sábato, la narrativa es una penosa elaboración estilística tendiente a alcanzar efectos concretos (cognoscitivos); para Borges, la escritura es el resultado de una actitud de elegancia respecto a la vida. Según Sábato no se podría vivir sin literatura, sin sistemas justificativos de los pensamientos, de las opciones de todos los días; según Borges, se viviría mejor. Para uno, el encanto está en el signo; para el otro en la contracción del signo hasta reducirse a un sedimento de la imagen y luego a la confusión de la misma.

Para Sábato la literatura lúdica —que incluiría, en cierta medida, también la obra de Borges— hace de antídoto a la literatura problemática, sobre todo en las épocas en las que el proceso de transformación se realiza con implicación (moral e ideológica). El intenta, por tanto, justificar de forma positiva la evasión literaria de Borges para reinsertar los juegos de la fantasía en el conjunto oportunamente predispuesto por la historia. El contenido exegético, que Sábato halla también en la obra lúdica, constituye una profilaxis para el desarrollo ulterior del conocimiento. La cultura en positivo puede experimentar unas pausas, pero siempre aparentes; en efecto, el hombre no puede concederse unas libertades tan grandes que se excedan en el juego. El juego, para Sábato, es una aptitud totalmente absorbida por la edad de la inocencia. Lo vago de las sensaciones no justifica la llegada del *homo ludens*; si éste aparece en la superficie histórica, si adquiere las características de un cantor es sólo para turbar con más fuerza las conciencias con el fin de inducirlas a reflexionar por reacción. Borges parece desafiar como un déspota las construcciones soñolientas del hombre; Sábato está comprometido en defenderlas con la sagacidad del artesano, que no puede permitirse destruir lo que ha ido construyendo con empeño y fatiga.

---

(13) Jorge Luis Borges-Ernesto Sábato: *Diálogos*, Emecé, Buenos Aires, 1976, pp. 172-173.

No hay otra manera de alcanzar la eternidad que ahondando en el instante, ni otra forma de llegar a la universalidad que a través de la propia circunstancia: el hoy y aquí. La tarea del escritor sería la de entrever los valores eternos que están implicados en el drama social y político de su tiempo y lugar... Vivir es estar en el mundo, en un mundo determinado, en una condición histórica, en una circunstancia que no podemos eludir. Y que *no debemos eludir*, si pretendemos hacer un arte verdadero (14).

El artista como testigo de su época debe alcanzar, según Sábato, el martirologio, debe ahondar su mirada despiadada e implacablemente en la realidad: es la profundidad de la investigación que dimidia, ensalza la empresa. En este sentido, *El proceso* de Franz Kafka constituye un modelo, una obra divinatoria y al mismo tiempo propedéutica para el conocimiento del tiempo presente. Las ideas en el estado puro son impensables, pero el conocimiento hace continuamente referencia a estos auxilios anecdóticos para comprender los dobleces y las contradicciones de la realidad.

El escritor de nuestro tiempo debe ahondar en la realidad. Y si viaja debe ser para ahondar, paradójicamente, en el lugar y en los seres de su propio rincón. Lo otro es cosa de frívolos, de meros cronistas, de *snoobs*. Viajar, sí: pero para ver con perspectiva su propio mundo, y para ahondar en él; pues así como el conocimiento de uno mismo pasa por los demás, sólo podemos indagar y conocer a fondo nuestra patria conociendo las que no nos pertenecen (15).

La ficción de la escritura sirve para representar exteriormente el enredo de las raíces, la peculiaridad del punto de observación individual.

La narrativa contemporánea —según Sábato— encuentra sus raíces más propias en el romanticismo, entendido como «misticismo profano» por el innegable deseo del hombre de manifestar su fantasía, su emoción creadoras. Una actitud que remite a Leonardo de Vinci, nacido en una época empresarial, mercantil, en la que los intereses prácticos no consiguen apagar las aspiraciones a entender la urdimbre del Universo. Leonardo representa la figura más dramática del mundo moderno pues se propone utilizar la razón para investigar el continente subterráneo e impreciso de los pensamientos y de las congojas del hombre. Aspira a hacer evidente e intelegible lo que es indescifrable y contradictorio. Leonardo parece luchar contra la tecnolatría que influirá de forma nefasta en el hombre de la razón y de la acción.

(14) Ernesto Sábato: *El escritor y sus fantasmas*, cit., p. 42.

(15) *Ibidem*, pp. 50-51.